

Páginas que no se leen, se cantan*

300 Boleros de Oro. Antología del repertorio cubano, ensayo introductorio y compilación de Helio Orovio, Presencia Latinoamericana/Unión de Escritores y Artistas de Cuba/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1991.

Margo Su

Es muy agradable para mí, muy gratificante, estar esta noche con ustedes. Este encuentro se debe a un llamado telefónico de Carmen Gaitán y el envío de este libro invitándome a una charla informal sobre el Bolero. Como no soy formal en ninguna de mis actividades por la vida, la sola palabra informal me hace sentir como pez en el agua, como Pedro por su casa; sé que puedo decir y hacer tonterías sin inhibición y que éstas permanecerán impunes. Pero el pensar en llevar a cabo una charla me hace consciente de mi falta de memoria y de mi enorme capacidad de síntesis, combinada con una timidez muy, pero muy oculta. Reunidas estas cualidades sólo podría decir: "Buenas noches, muy buenas las tengan todos, de veras. El libro *300 Boleros de Oro* está super, a todo meter, ma-ra-vi-llo-so, como dijera Guadalupe Loaeza, es un 'nice trabajo', no dejen de leerlo. Tuve mucho gusto de estar con ustedes. Buenas, buenas, de veras muy buenas.

* Texto leído durante la presentación del libro *300 Boleros de Oro*, el 10 de septiembre de 1992, en el restaurante "Mamá Rumba".

Por eso tengo que auxiliarme de pequeñas notas que no pasan de unas ochenta cuartillas, que me permitiré leer rápidamente ante su amable atención.

Un ratito en serio, les diré que me parece muy importante que la publica-



José Antonio Méndez

ción de este libro esté auspiciado por el Consejo Nacional de Cultura, Presencia Latinoamericana, La Unión de Escritores y Artistas de Cuba y el INAH. Es un estudio muy completo sobre el bolero en Cuba, escrito por Helio Orovio, erudito cubano conocedor de la música popular. Su título es *300 Boleros de Oro* y está editado aquí, en México. Inmediatamente uno se pone a idealizar sobre el sueño bolivariano hecho realidad a través de la cultura popular, o en el peor de los casos, una respuesta cultural transnacional a las transnacionales que nomás se ocupan de los alimentos básicos y las tecnologías de punta.

A través del libro de Helio Orovio, uno se entera que el primer bolero nace en Santiago de Cuba. Y luego luego surge la pregunta: ¿cómo se mueve la cultura popular? ¿cómo le hace para viajar en los tiempos premodernos, sin la presencia de las ondas hertzianas, sin la llegada de la maravilla de la televisión acompañada de satélites y repetidoras? Sin télex y sin fax... Esa vasta y eficiente difusión sólo se explica gracias a los marinos mercantes armados de una guitarra que pulsar entre sus manos en las noches plácidas y tibias del Caribe, a los tenaces vendedores de listones y botones de colores, armados, a su vez, de voces afinadas, de tonos agradables y memoria musical privilegiada. La cuestión es que el bolero viaja

RESEÑA BIBLIOGRAFICA

de voz en voz, de guitarra en guitarra y se adapta y se adopta en tierras ajenas, se identifica con los pueblos cantores, evoluciona, se desarrolla y ¡ya está! Simultáneamente lo encontramos en México, en Panamá, en Colombia y, como mancha de tinta incontenible, se extiende por toda la América Latina.

Uno abre el libro y se sienta. Pretende leerlo y entonces imagina que suena una nota de piano. Esa sola nota es suficiente para transformar la atmósfera del cuarto, ese sonido, elemento de la música, es un elemento poderoso, misterioso, lleno de magia al que hay que tomar muy en serio, si no queremos parecer tontos. Avanza entre las páginas que no se leen, se cantan. Y al cantarlas nosotros también vamos viajando entre atmósferas e imágenes distintas, variadas e infinitas, en bellas escenas con aromas que salen fácilmente de las telarañas de la memoria, atraídas por la música. El atractivo del sonido es una fuerza poderosa y primitiva, y en el bolero representa una fuerza sensual acentuada aún más por la poesía de las letras.

Y nos vamos poniendo tristes, con toda la gama de distintas tristezas que poseemos: la tristeza sonriente, la tristeza resignada, la tristeza fatal, la tristeza pesimista...

Porque no sólo recordamos a los amores perdidos sino también a los nunca encontrados. León García Soler me



Antonio Machín

regañó el otro día cuando le dije que Poza Rica era precioso. Dijo que mi definición era incorrecta, que el olor a azufre es insoportable y que los flama-zos permanentes de gas son espantosos. Y no pude explicarle que, en mi memoria, Poza Rica es un lugar de ensueño: su recuerdo va siempre musicalizado por la *Vereda tropical*, de Gonzalo Curriel; los flama-zos de gas pintan el paisaje de rojo y en las noches tibias enriquecen la lujuriosa vegetación tropical, ante lo cual, el sentido olfativo se desvanece, imperando la riqueza visual y la fantasía de la pubertad que despierta a la

sensualidad prometedora arrullada por las notas del bolero inmortal.

Déjese invadir por la música de *Bésame mucho* y allí está de inmediato la imagen. Estación de Buenavista. La llegada de trenes que descargan acaudalados y notables nombres europeos que vienen huyendo de la terrible guerra y, al mismo tiempo, bajan también jóvenes soldaditos gringos, guapos, de uniforme color chocolate, sonrisas cálidas, anchas y brillantes, ansiosos de vivir el amor y el romance en los que muy bien pueden ser sus días de despedida a la vida. Guerra fatal a la que le reprochamos con bolero: "Humanidad, ¿hasta dónde nos vas a llevar?"

Así, cada bolero despierta nuestro sentimiento particular. No es injustificado el éxito de "La Hora Azul" y de las estaciones de radio de gran auditorio que reviven el amor dolorido con harta melcocha de los tríos, y en esa atmósfera reaparecen los *cadillacs* larguísimos saturando las calles de la ciudad, y las mujeres seductoras y elegantes y cuajadas de joyas brillantes asistiendo a la romántica hora del *cocktail*, ¡oh! el *cocktail* con sus promesas de aventura y ensueño... La transformación paulatina pero implacable del paisaje urbano: ver caer las majestuosas residencias porfirianas y en su lugar erigirse los rascacielos ambiciosos, sueños cosmopolitas de una ciudad que se negaba a seguir siendo pueblote.



Rosendo Ruiz, Manuel Corona, Sindo Garay y Alberto Villalón

El buen bolero se dice con la entraña, no con el razonamiento intelectual y frío, no con la superficialidad frívola del tórax. Desgarra cuando sale de la entraña, y entonces es cuando adquiere su fuerza verdadera, su magia enorme. Surgen entonces las imágenes de los rostros que alguna vez amamos, la melancolía de los desencuentros, los caminos que, por miedos, dejamos desandados, y en el viaje de canciones del libro vamos quedando con muchas lágrimas lloradas por amores infinitos, conocidos o ignorados, realizados o frustrados.

Luego, una duda nos asalta: no es ningún secreto que la preponderancia masculina, en mayor o menor grado, se impone en nuestra América Latina. Sin embargo, las letras de las canciones



Septeto Habanero



Trío Taicuba

siempre se refieren a la ingratitud, la deslealtad, la frivolidad y la infidelidad de la mujer hacia el hombre. Esta mujer inconstante es la que eternamente traiciona el amor entregado y noble del varón poeta. Los machos también lloran. Preguntas para sociólogos, psicoanalistas y antropólogos sociales: ¿Es premio de consolación éste que el poeta cantor regala al sexo femenino? ¿O es una manera de trastocar la realidad dándonos el papel protagónico, pero también la culpa de las desdichas del amor humano? ¿O es que en realidad gozamos de estos pequeños desquites que no llegan a una venganza plena en la intimidad de las noches amorosas? Vaya usted a saber. Lo cierto es que la poesía popular del bolero nos gratifica, nos da el placer de sentirnos manantial-origen de dolores de amor y desesperanzas y esperanzas primordiales del bigotón macho que nos acompaña en estos momentos.

Helio Orovio sitúa las modificaciones que sufre el bolero a través del tiempo. Fija la fecha de aparición del primer bolero, *Tristezas* en 1883. Luego relata su popularidad y expansión con Sindo Garay y sus hijos, Hatuey y Guarionex, de nombres sonoros, ricos, eufóricos, sólo comparables a los tabasqueños nuestros. Esta popularidad coincide



César Portillo de la Luz

con la de nuestra Trova Yucateca; más tarde, el auge de fines de la década de los años veinte en Cuba tiene como destacados intérpretes al Trío Matamoros, compositores notables como Bienvenido Julián Gutiérrez, Virgilio González, Chicho Ibáñez y otros, y encuentra respuesta en México con Jorge del Moral, Guty Cárdenas y Agustín Lara, que ganaron un concurso en el teatro Lírico. Guty con *Nunca* y Agustín con *Imposible*. La evolución del bolero en los años cincuenta y el movimiento del *feeling* de José Antonio Méndez y Portillo de la Luz, que se repiten acá con Alvaro Carrillo, Roberto Cantoral, Armando Manzanero, Luis Demetrio... Y si allá se hace el boleroson y el bolero-chá de los Hermanos Rígal, no nos quedamos atrás y los seguimos con el bolero ranchero de Rubén Fuentes.

No se puede ignorar que uno de los apoyos que dan origen a la época de oro del cine mexicano es precisamente la música, y uno de sus grandes ciclos, denostado en su tiempo y hoy revalorado por su gran fuerza popular, es el cine de rumberas, inspirado en los boleros de Agustín Lara, principalmente. Cantos a la mujer capaz, a la mujer fuerte, a la mujer que desafía al destino y a la moral. Rosario inacabable dedicado a



Bacallao, Pepe Olmo y Rafael Lay (hijo), con la orquesta Aragón

hipócritas, aventureras, perdidas, coquetas y cuanto hay.

El libro, que aporta pequeños datos biográficos de los compositores, es interesante y rico para los estudiosos de la cultura popular. Pero para los mortales, es un libro para ser cantado. Entonces se disfruta hasta el infinito. Entonces me duele, más que nunca, el que Carlos Monsiváis y yo hayamos sido rechazados por la maestra foniatra Consuelo Guzmán, que tenía fama de hacer cantar hasta a las mismas piedras y quien encontró en nosotros su Peñón de Gibraltar. Sordos como artilleros, incapaces de alcanzar la tercera nota de la escala musical. En serio, ya se veía venir la ola arrolladora de los palenques que sólo contrataban cantantes. Carlos estaba harto del cubículo y buscaba fama y riqueza fácil. Yo lo único que sabía hacer era bailar, por lo que mi futuro se encontraba cancelado. Fue imposible el menor gorgorito salido de mi garganta fumadora y el destino me empujó a la producción de espectáculos y de teatro en un esfuerzo por sobrevivir a la industria cultural. Carlos volvió a su cubículo, con los resultados por todos conocidos.

Hoy, canto mi libro, pero teniendo cuidado de cerrar las puertas. Es decir, en la intimidad solitaria de mi recámara, sin testigos oyentes a quienes lastimar. Porque siempre tengo presente la época en que se ponían letreros en las

puertas de las casas que decían: "Solicito sirvienta que no cante *Amor Perdido*". Ese, pues, es mi consejo: los que puedan canten su libro frente a los amigos. Los privilegiados, libro en mano, lleguen cuanto antes a las disqueras. Los de mi especie, enciérrense a piedra y lodo para cantarlo. Pero de ninguna manera se abstengan. Es un placer al que no se debe renunciar.

¿Qué pasa, pues, con el bolero, que

se niega a morir? Su música tiene esa fuerza sensual que despierta nuestras emociones, pone la sensibilidad a flor de piel. Y su poesía encuentra eco en las muy especiales maneras latinoamericanas de sentir pasión, el erotismo, la sexualidad. No sólo en los que ya cumplimos los 28 años, el bolero, en todo lo que va del siglo, es redescubierto continuamente por las jóvenes generaciones, que encuentran en él el vehículo ideal para expresar los sentimientos íntimos que traían encerrados en el pecho y no sabían cómo sacarlos. Lo interpretan de otro modo, y llegan las voces frescas, nuevas, recreándolo con su peculiar forma de decirlo, de cantarle al amor.

Y en las calles, en las cantinas, en los barrios y fiestas de vecindad, no dejan de aparecer los tríos de cuatro, los cuartetos de cinco, armados de guitarras, maracas, corbata de moño y el sentimiento en la voz para ofrecernos el regalo siempre grato del bolero más cercano a nuestro corazón.

Damos pues la bienvenida a este libro con sus 300 boleros inmortales, aplausísimo a Conaculta, INAH, Presencia Latinoamericana, Escritores y Artistas de Cuba por este impulso a la cultura popular común, a la cultura transnacional de América Latina.



Cuarteto D'Aída

Gina León